

EL TEATRO EN LA ACTUALIDAD ESPAÑOLA

REALIDADES Y CONSECUENCIAS

PROPOSITO primero del nuevo Estado ha sido el conceder a todas las actividades nacionales que pudieran entrañar una divulgación doctrinaria, la máxima atención. El teatro, al ser considerado como cátedra de pensamiento y, a la par, como reflejo estético, ha sido objeto de un especial cuidado. Si todas las facetas del arte y del pensamiento han sido impulsadas y amparadas, con caracteres que jamás tuvieron, el teatro no podía tampoco dejar de serlo, ya que sus condiciones de forma y difusión justifican e imponen el mayor celo, para que ocupe el lugar que, como factor social que es de suma importancia, le corresponde.

Y hoy, cuando una realidad ha sustituido a ensayos y esperanzas, y a los intentos ha sucedido la plasmación —lo difícil—, que coloca a lo hecho en una categoría escénica del mayor interés, es necesario que el recorrido mental de lo presenciado nos pueda servir, en el reposo del recuerdo, para deducir enseñanzas, y alegrarnos por lo que, ya pretérito, se nos ha ofrecido como fruto conseguido.

No es posible el análisis profundo ni la exégesis merecida; sólo nos es permitida la enumeración, y ésta, con rapidez de un presente y un pasado teatral, al que es obligatorio seguir, sin descuidos, ideológicamente, en su futuro inmediato.

Varios son los organismos que han comprendido al teatro tal como es, y debe ser, y en lucha abierta, no contra lo inexistente —que hubiera sido preferible—, sino contra toda una decadencia resabiada, han emprendido la cruzada de la reeducación. Figura en primer lugar la Dirección de la Compañía del Teatro Nacional, que, desde su comienzo, en una labor de alta calidad, ha ofrecido versio-

nes espléndidas de nuestro teatro clásico. De las obras inmortales, se usó y se abusó, en representaciones aisladas, por Compañías, que, sin criterio superior idóneo, convertían el amplio concepto teológico, la belleza literaria o la profunda intención del pensamiento, en una declamatoria caricatura. El Teatro Nacional ha convertido lo grandilocuente en grandioso. Así, la «Cena del Rey Baltasar», «El hospital de los locos», «La verdad sospechosa» y «La vida es sueño», han sido exponente logrado de un trabajo constante, que ha alcanzado una finalidad más interesante que aquélla que a primera vista pudiera desprenderse de su éxito, en el tiempo concreto de la representación. Revela un nuevo sentido, incorporado en una resurrección total, que tiene la plena acepción de la palabra etimológicamente, al ser hoy nuevo levantamiento, después de la prostración de luengos años, dedicados a colaborar en el declive nacional.

El ser el teatro misión docente y no mero pasatiempo, supone una revalorización intelectual, cuyos efectos no pueden medirse en un corto espacio de tiempo. Es preciso que la intensidad y la permanencia reeduquen la afición y el estragado gusto. La concepción teatral se debe comprender, no como un entretenimiento fácil, propicio para producir la risa, o una truculencia sentimental, heredada de un pasado inmediato, exento de preocupaciones. Hoy, el pensamiento viene a entroncarse y unirse al siglo en que la hispanidad era acción, verbo y realidad. Y el teatro, como cualquier consecuencia española, tiene que estar al servicio del empeño nuevo, desterrando lo baladí, lo «castizo» y lo grosero e intrascendente, de los escenarios, para que, una vez logrado, con el mucho esfuerzo que aún espera, después del prólogo espléndido, se consiga que las ideas y la belleza sustituyan al frenesí desbordado de una pseudointelectualidad, impuesta, por un gusto pervertido, ante las taquillas.

Junto con la Compañía del Teatro Nacional, el Sindicato del Espectáculo, con las versiones perfectas de «La Celestina» y «Las mocedades el Cid», ha logrado, en unísono de propósitos, la finalidad propuesta. Y esta unión de esfuerzos y empeños, puestos, por igual, a favor de idéntica causa, en paralela inteligencia, ya que representaciones de teatro clásico, extranjero y algunas escasas for-



La fotografía reproduce una escena de *La Celestina* (la muerte de Calixto), que es bella muestra de la versión ofrecida de la obra inmortal de Fernando de Rojas, en el Teatro Español, y que constituyó un legítimo triunfo para sus adaptadores, singularmente, para el malogrado Felipe Lluich Garín.



Las bizarrías de Belisa fué otra de las obras cuya adaptación permitió resucitar, con todo vigor, una época del teatro de Lope de Vega plena de interés, especialmente en lo concerniente a vida y costumbres madrileñas.



Entre los grandes éxitos del Teatro de la Falange (Teatro Nacional) destacaron las representaciones de *La cena del Rey Baltasar*.



Una escena de *La vida es sueño*, el drama del inmortal Calderón,

mas nuevas de nuestros valores jóvenes, componen el conjunto de una auténtica empresa nacional, que se ha impuesto, merced al aliento e impulso estatal. Añadamos el teatro del Frente de Juventudes, y los Infantiles, para dar la reseña completa del panorama teatral actual.

Contentémonos, hoy, con señalar la importancia de la nueva concepción escénica, que no está en proyecto, sino que ha aparecido ya en espléndidas realidades. Ello es, de por sí, suficiente para que toda glosa quede relegada ante el alerta que da la presencia de un nuevo modo y estilo, que debe tener, para todos los españoles, una importancia excepcional, en el cómputo de las actividades nacionales.

Y ahora, es menester que la protección del Estado hacia el teatro no quede aislada, al no existir a su lado, aparejada, la misma apatencia de todos aquéllos que en el teatro influyen. Sería cómodo y suicida dejar al Estado con todo el empeño. Así se salvaba la responsabilidad, y siempre quedaría, en el amplio panorama escénico, lugar para que la herencia de una decadencia espiritual, que tenía fiel espejo en el teatro, se continuara reproduciendo con las mismas características.

A la crítica, en primer lugar, le está encomendada la misión de vigilancia y orientación, recogiendo el impulso superior. Una labor eficaz, consciente y continua, en la que tomarán parte, por igual, empresarios, actores y críticos en el fallo en forma de concursos, que nos presentarán los valores nuevos existentes, y que son los que aportarán las formas de pensamiento y expresión que demandan las nuevas circunstancias.

El autor novel no debe ser la figura manida, más o menos simpática, para servir de personaje a una novela. Se le debe conceder el probable valor que enuncia una afición, que, si bien en muchos casos, puede ser producto de una alegría literaria, también, en otros, puede ser anuncio de una promesa o una realidad, que no ha querido padecer las peregrinaciones de rigor. Por tanto, se debe ir a la creación del organismo capaz de justipreciar el mérito de las obras teatrales, el cual tenga, a la vez, la misión de recoger las iniciativas y productos de los muchos que escriben sin esperanza, por

culpa de una larga fila de nombres, que, salvo algunas firmas magníficas, no tienen nada nuevo que hacer, ni qué decir, a no ser los mismos chistes, envueltos o remozados en las vulgaridades regionales de una anécdota, casi siempre con visos casticistas, nunca clásicos.

Cuando aquél que escribe encuentre el amparo y, sobre todo, la oportunidad, la dirección estatal podrá contar, junto a los frutos de su trabajo, una nueva colección de nombres, que lo serán también de aspiraciones y deseos de lo mucho que está por hacer, porque de los viejos corrillos, presos en su mediocridad, nada cabe esperar.

La decadencia teatral no existe, ya que aún los engendros encuentran autores y empresarios y, en casos, público. Si existe el apartamiento, con beneficios para el cine, es debido a la incuria y falta de criterio y afición de la mayoría —no todos— de los profesionales, en sus varios aspectos del teatro.

La nueva reeducación la traerán los nuevos hombres. Los que sólo sirvieron entretenimientos baratos y acatamientos a la risa, no serán, ahora, los que marquen directrices.

A esta labor la deben acompañar boletines periódicos (uno existe, para futuro próximo), que señalen y acusen el pulso mundial, para que nos sirva, en la enseñanza que pueda poseer, para traducir el nuestro, magnífico, al que todos nos debemos.

M. SANCHEZ CAMARGO